

Queridos hermanos:

1. “Hoy se ha cumplido esta Escritura que acabáis de oír”.

El cumplimiento de las profecías del pueblo de Israel es el camino escogido por Dios para dar respuesta a los deseos y exigencias del corazón de todas las gentes y pueblos, del mundo, que gime por la opresión y el sufrimiento, y que Dios quiere salvar.

Con Jesús se anuncia “el año de gracia del Señor”, el “Año jubilar”, en el que había de recuperarse la justa relación con la tierra y entre todos los miembros del pueblo. Es un tiempo de libertad y vida recuperadas, en una tierra que esperaba esta visita del enviado, del ungido de Dios; en una tierra que necesita a Dios, para no quedar abandonada a sí misma, a las ambiciones, las soberbias y las violencias de los hombres.

En realidad, toda nuestra existencia, la de cada uno, esconde en lo íntimo el anhelo de este horizonte, de esta superación de los males que nos rodean, de la desaparición de los miedos y las angustias; como si la luz de la mañana y la creación que nos rodea hiciesen resonar cada día de nuevo promesas escondidas de plenitud y de vida.

2. ¡De cuántas maneras no hemos seguido con ilusión, casi sin poder evitarlo, el anuncio de un cambio que iba a llegar a nuestra sociedad, de estar en posesión de los medios y la ciencia que permitirían guiar al pueblo a una vida nueva y feliz! ¡De cuantas tecnologías no hemos esperado que renovasen nuestro mundo, cuántos proyectos ideológicos nos han parecido fascinantes y creíbles, a cuántos poderosos no hemos encomendado nuestro futuro!

Quizá porque, a pesar de todo, en medio de las cenizas de los proyectos y promesas que van caducando a lo largo de los años, resurge siempre la vida de nuestro corazón, el anhelo e incluso la urgencia del cambio, de la liberación del mal, de una esperanza de vida.



3. Pero sólo Jesús ha podido decir: “hoy se ha cumplido esta Escritura”, ningún otro. Todo lo demás son siempre y sólo promesas, que no permanecen en el tiempo. Por eso decía la lectura del Apocalipsis: “Gracia y paz a vosotros de parte de Jesucristo, el testigo fiel, el primogénito de entre los muertos, el príncipe de los reyes de la tierra”.

No puede sustituirse a Jesucristo con otro personaje histórico, ni con un proyecto cultural o ideológico renovado a la medida de nuestra época. Porque sólo Él nos ha liberado de nuestro pecado al precio de su muerte, de la entrega de su cuerpo y sangre, y nos ha reconciliado con Dios y con la vida, con el prójimo y con la existencia en el mundo. Lo ha hecho Él como testigo fiel del Amor de Dios y del amor fraterno; porque nos ama.

Y así, viviendo en plena relación con el Padre, cumpliendo su voluntad, se ha convertido en primogénito de entre los muertos, ha vencido a la muerte y ha salvado el mundo: introduciendo en él una vida nueva y poderosa, la divina caridad, que hace el milagro de dar firmeza al corazón de los hombres, que se llena de fe y de esperanza, e impidiendo que el mundo creado por Dios se convierta en un lugar para la muerte. De modo que, más allá de todos los rechazos y lamentos, que continuarán hasta el final de la historia, el Señor guía a sus fieles y hace de ellos para los demás un testimonio de vida y de esperanza de la gloria.



4. La Iglesia, el Pueblo de Dios, vive de la comunión con el Señor Jesucristo, participa de su plena unción con el Espíritu, de lo que serán signo e instrumento los óleos que hoy bendecimos.

Somos sus testigos en el mundo, que ya no queremos ver ni entender sin Dios y sin esperanza, abocado simplemente a perecer; en el que ya no aprobaremos, en nombre de ninguna táctica, mentiras, injusticias y violencias; en el que desearíamos no hacer crecer nunca la suma del mal; en el que estamos destinados a hacer brillar la verdad, la unidad, la caridad, el Amor de Dios.

En este Pueblo singular, hecho de muchas gentes y unido más allá de toda diferencia o división, los sacerdotes somos llamados a ser testigos de la presencia de Cristo, de la novedad de su Persona y de su obra en la historia, de la salvación que ofrece a los hombres.

Nuestra existencia y nuestra misión hablan de Él; somos amigos, colaboradores, enviados, suyos. Nuestro ministerio sirve para que por su Palabra y su presencia sacramental se ofrezca la posibilidad de entrar hoy y aquí en comunión real con Él, de vivir según su Espíritu, de pertenecerle y seguirle concretamente, sin quedarse en las propias ideas o en las de cualquier otro.

Toda la vida se ilumina por la relación con Él, con Dios: desde el venir al mundo al conocer la verdad, crecer en la caridad, conformar la vida con su bendición y afrontar la muerte con su gracia, en el horizonte de la vida eterna. Es una relación vivida sacramentalmente, todavía no cara a cara; pero en la cual dejamos ya de estar solos con nosotros mismos y nos unimos a Él, que murió y resucitó por nosotros y nos acompaña todos los días hasta el fin del mundo.

El ministerio apostólico sirve a su presencia, misteriosa pero real, entre nosotros; hace posible que permanezcamos como discípulos suyos, salvaguardando la verdad de su Palabra y de sus sacramentos, de modo que, también en nuestra tierra, podamos vivir en la unidad del mismo Pueblo de Dios del que Jesús es cabeza y alma, que se ha extendido desde Jerusalén por toda la tierra y que atraviesa los siglos.

Hoy recordamos nuestro ministerio sacerdotal, y recordamos a Cristo, cuyo camino pascual celebramos en la Semana Santa.

De Él nos ha venido la llamada a servirlo, el amor que nos sostiene en la misión a pesar de nuestras debilidades y pecados, la esperanza que no defrauda, porque sabemos de quién nos hemos fiado.



Pero de Él viene también la compañía de los hermanos, la fraternidad presbiteral, la pertenencia a la gran familia de la diócesis lucense, la compañía del Pueblo de Dios: parroquias y comunidades, feligreses y amigos, colaboradores y personas necesitadas. De Él nos viene la gracia de ser enviados al servicio de nuestros hermanos, como testigos del Amor vencedor de Dios y de una fraternidad que es real, aun siendo pecadores.

A Él queremos renovar ahora el agradecimiento del corazón, la palabra dada con la que le hemos confiado la vida. Ciertos de su misericordia nos dirigimos a Él pidiéndole en primer lugar por las parroquias que tenemos encomendadas; y hoy también, en especial, por nuestros hermanos sacerdotes: por los fallecidos, por los enfermos, por los que necesitan nuestra compañía y ayuda, y por los que son nuestro apoyo en el camino.

A Él le damos las gracias por su Amor y su paciencia, por sus muchos dones y gracias, por la perseverancia hasta hoy. Y le pedimos los unos por los otros, por nuestra vocación y nuestra entrega, por nuestro Pueblo, al que nos ha enviado como pastores.

Que Él nos guarde y haga posible el cumplimiento de nuestra misión, para que la luz del Evangelio brille en el corazón de nuestros hermanos y de nuestra tierra. Que Santa María de Lugo, Virgen de mirada luminosa y madre de los sacerdotes, interceda por nosotros.

+ Alfonso,
Obispo de Lugo